

CARRIÓ-INVERNIZZI, Diana, *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*. Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2008, 503 págs., ISBN: 978-84-8489-404-9.

Conocer una nueva publicación sobre la huella española dejada en la Italia del siglo XVII es siempre una buena noticia. Más aun si el libro, injustamente discreto desde su publicación hace unos años, aborda un periodo del que poco se sabía hasta ahora. La trayectoria cortesana y política de los duques de Cardona, Pascual de Aragón (1626-1677) y Pedro Antonio de Aragón (1611-1690), hermanos, se desenvuelve en dos centros políticos de primer orden en la época: las cortes de Roma y Nápoles. Pascual de Aragón llega a Roma como embajador en 1661, y poco después, en 1664, pasa a ocupar el cargo de virrey de Nápoles. Su hermano, Pedro Antonio, le sucede en ambos puestos hasta abandonar Italia en 1672.

El interés sobre las cortes europeas en la época moderna y, particularmente, sobre las italianas, ha ido en aumento en los últimos años gracias a interesantes iniciativas como el Instituto Universitario “La corte en Europa” (IULCE), proyectos de investigación como “Poder & representacions: transferències culturals a l’Epoca Moderna”, o plataformas digitales (Librosdelacorte.es), que en definitiva se nutren de libros como éste, fundamentales en este panorama. Diana Carrió-Invernizzi centra su interés en el estudio del uso público y privado que hicieron estos ministros de su actividad como mecenas del arte y la cultura, y se interesa especialmente por definir los cambios en las formas del ceremonial que practican. Concluye así que fueron los Aragón en los años 60 del siglo XVII los artífices de un cambio importante producido en el ejercicio de este arte de la ceremonia y de la representación pública del poder. Lo demuestra deteniéndose en las novedades que se registran entonces en los itinerarios de fiestas o entradas triunfales, en la explotación de su imagen personal o en las reformas que acometen en sus residencias. Todo ello, según interpreta la autora, viene orquestado desde Madrid por Felipe IV, que frente a un nuevo escenario internacional que da mayor protagonismo a Francia o al Papado, necesita recurrir a nuevas estrategias políticas para mantener su preponderancia en Europa. Una manera de hacerlo es a través de la explotación de la imagen pública de sus ministros en el ejercicio de sus cargos.

El libro, sin embargo, está planteado desde una perspectiva mucho más amplia y completa. La autora nos ofrece así en su primer capítulo, dedicado al linaje familiar, un análisis detallado del papel ejercido por la familia en la Cataluña de la época. A la hora de abordar el viaje seguido por los Cardona hacia Italia, lo hace de forma sistemática, definiendo rutas, usos protocolarios, escalas, residencias, lo que resulta sin duda muy útil para poder establecer en el futuro con mayor rigurosidad cómo fueron estos recorridos, donde, como destaca Diana Carrió-Invernizzi, se va formando el gusto estético y el vínculo con el arte y la actividad coleccionista de estos ministros allí destinados.

El capítulo sobre la embajada en Roma de Pascual de Aragón de 1662 permite a la autora detenerse en la faceta más privada del personaje, que comienza a formar su colección pictórica allí gracias a los regalos recibidos, entre otros, de los miembros

de la corte pontificia. A lo largo del libro es este uno de los aspectos que más le interesan. Determinar cuál fue el origen de las obras que adquirieron en Italia tanto Pascual como Pedro Antonio de Aragón. Es importante ya que este tipo de regalos, más allá de las inquietudes particulares de los receptores, tenían una función diplomática evidente y eran un medio más en la consolidación de redes clientelares. El aspecto, sin embargo, más interesante de esta estancia de Pascual de Aragón en la ciudad pontificia es su gestión de la celebración de la fiesta de la China de 1663. Se produce en este momento un serio conflicto diplomático entre España y el Papado, motivado por las alteraciones que quiere introducir Alejandro VII en el recorrido de esta fiesta. El nuevo recorrido pretende ocultar a los españoles la reforma que acomete en este momento el papa en el Vaticano, con la construcción de una *scala regia* encargada a Bernini, con la que pretende en cierta forma eclipsar con una presencia suya más omnipresente al poder español en este espacio.

No sólo centra su atención en el acercamiento manifestado en Roma por ambos hermanos hacia el coleccionismo pictórico o las fiestas públicas. El otro gran centro de interés que ocupa las páginas del libro, tanto en Roma como en Nápoles, es así el del mecenazgo ejercido hacia las órdenes religiosas allí establecidas, tanto aquellas bajo patronato regio, como aquellas otras que pueden tener interés para la Corona por diversos motivos.

En 1665 el cardenal Pascual de Aragón regresa a España y Pedro Antonio de Aragón pasa al virreinato de Nápoles. En el libro de Diana Carrió-Invernizzi encontramos así en este segundo gran cuerpo temático un acercamiento bastante completo a la labor realizada por los Aragón en este espacio político. Demuestra conocer bien a los burócratas del aparato del gobierno, a los representantes más destacados del cuerpo noble, a los eclesiásticos que ostentan el control de la Iglesia en Nápoles. Con todos ellos ha de gobernar el virrey, y en las páginas del libro encontramos bien trazadas las trayectorias de muchos de ellos mientras se nos describen las relaciones que mantienen con el poder virreinal. Siguiendo la línea que guía sus páginas, vuelve a reflexionar, ahora desde Nápoles sobre la multiplicación de los gastos en ceremonial como un “mensaje de reafirmación del cuerpo virreinal dirigido al papa y a las demás potencias europeas” (p. 233). Pascual de Aragón recupera, por ejemplo, la tradición utilizada por Oñate y más tarde abandonada, de la entrada triunfal desde la escalera del arsenal como símbolo de autoridad. Para la autora, además, “su gestión marcó un antes y un después en la historia del virreinato por la brillantez de sus manifestaciones de mecenazgo” (p. 248).

Los años analizados por Diana Carrió-Invernizzi tienen un interés histórico coyuntural indiscutible, ya que en 1665 se produce la muerte del monarca Felipe IV. Es justo el año en el que Pascual de Aragón es nombrado arzobispo de Toledo y abandona el cargo. Su hermano Pedro Antonio hace su entrada en Nápoles en marzo de 1666. Surge entonces un conflicto político e institucional entre la España regentada por Mariana de Austria y el Papa, que se encuentra bien analizado en el libro desde el punto de vista de la representatividad de la figura del virrey en el reino de Nápoles y de la defensa que el duque de Cardona hace de ella. Pedro Antonio de Aragón se encarga de hacer proliferar retratos de su persona y de Carlos II por la ciudad y su posición

de autoridad se mantiene en estos momentos de incertidumbre. Tras la embajada de obediencia al papa del virrey en 1671, abandona su cargo, ya en 1672, y regresa a España, siendo sustituido por el marqués de Astorga.

Por la importancia de la actividad de mecenazgo artístico que ejercieron ambos hermanos en la ciudad, el libro presenta un capítulo final centrado en este aspecto, con un repaso en primer lugar de las reformas acometidas en el palacio real de Nápoles tanto por Pascual como por Pedro Antonio. Se interesa por determinar cuáles fueron las prácticas de ambos virreyes a la hora de conformar su colección pictórica, de qué criterios se sirvieron o qué beneficios pudieron reportar a su actividad de gobierno. Es sin duda el papel de Pedro Antonio de Aragón el más destacado en este sentido ya que su colección, bien conocida gracias a las fuentes que analiza con detalle la autora, es el resultado, según este análisis, de un proyecto deseado y planificado por el virrey, y no azaroso.

Las últimas páginas del libro son para profundizar en algo poco trabajado aún por la historiografía y que no carece de interés, el llamado mecenazgo conventual, es decir, la atención prestada desde el poder al mantenimiento de iglesias, fiestas devocionales, canonizaciones, no sólo como consecuencia de la devoción de los representantes de este poder, sino con intenciones políticas evidentes. Según Diana Carrió-Invernizzi, en estos momentos se sacralizó la institución virreinal a través del rito y del control de estas fiestas religiosas en la ciudad. En ellas trata de ganar presencia y le sirven de instrumento político en su lucha con el poder eclesiástico por ganar espacios de representación.

En definitiva, según concluye la autora, estos años son cruciales en la historia de la Italia española moderna ya que, en un panorama europeo cambiante, España aspira a recuperar el liderazgo frente a Francia y el Papado, y lo hace entre otras cosas financiando obras en el Vaticano, potenciando el mecenazgo sobre el patrimonio artístico de la Iglesia (con nuevos patronatos por ejemplo) o potenciando su presencia a través de la imagen. La colocación de una estatua de Felipe IV en Santa María la Mayor, en Roma, es interpretada así como “un cambio de rumbo en el programa de restauración de la imagen del rey católico en Italia”. En conclusión, entre 1659 y 1672 se produce según la autora un cambio en la manera de entender el ceremonial y el mecenazgo, y se reforman las estrategias de representación y de legitimación del poder de los Habsburgo y gracias a estas acciones, “la consolidación tardía del cuerpo político virreinal... será decisiva para la conservación de la supremacía española en Italia (p. 437).

Más allá de las aportaciones interpretativas sobre el periodo que nos ofrece el libro, resulta muy destacable la labor de localización y documentación de los espacios físicos donde se desarrolla la vida social de la época, sobre todo de la ciudad de Nápoles, que encontramos en él, con fotografías de la autora y detalle de la ubicación actual de estos espacios. Su lenguaje ágil y directo facilita y anima sin duda a su lectura.

Ana MINGUITO PALOMARES
Doctora en Historia